V.31

Año IX

N.° XCII

Revista de Occidente

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

CONDE HERMANN DE KEYSERLING: *Portugal* * ROSA CHACEL: *Esquema de los problemas prácticos y actuales del amor* * VALENTÍN ANDRÉS ALVAREZ: *La tem-planza* * JULIO SUPERVIELLE: *La des-conocida del Sena.*

NOTAS.—MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Mauricio Bacarisse* * EMILIO GARCÍA GÓMEZ: *Bajo el signo de Persia* * EMILIANO JOS: *Supuestas falsificaciones del P. Las Casas en la historia de Colón.*

Ornamentación de JAHL Y ALMADA.

Precio: 3,50 Madrid Febrero 1931

Pero ¿qué es lo que caracterizaba el espíritu de la Provenza? *El culto exclusivo de la belleza, con exclusión de toda Metafísica:* su cultura era una cultura de la sensualidad (de los cinco sentidos) más exclusivamente aún que la de la Grecia clásica. Por esa razón, todos los impulsos para la civilización de los herederos nórdicos del Imperio Romano partieron de la Provenza: sólo el culto extremo de la forma podía domar a esta fierecilla. Portugal no es, indudablemente, la antigua Provenza. Pero buena parte de lo mejor del espíritu de ésta sigue aún hoy vivo en todo el pueblo portugués. Y este es un patrimonio precioso para Europa.

Conde Hermann de Keyserling.

Esquema de los problemas prácticos y actuales del amor

NO me es dado al atender al problematismo que hoy se agudiza en el sentido general, esto es, en el modo y norma actuales del amor, desarrollar una concepción metafísica personal. Creo además que, en lo que en nuestra época hay de netamente consciente, existe la noción quintaesenciada de lo que el amor es en sí, como igualmente, en la esfera vital, existe el amor en su pura y máxima potencia. Por tanto no será nuestra urgente misión, la de nuestro tiempo, meditar en la esencia del amor que se realiza tal y como es, ni tampoco admitir, como mentes frívolas pretenden, que el amor en nuestros días no se realiza. Hay algo, aunque consustancial del amor mismo y por tanto intemporal, que a nosotros especialmente atañe, y este algo es, lograr la perfecta correlación entre las nociones esenciales del amor que poseemos y nuestros procesos y reacciones eróticos. La

crisis que conmueve el fondo íntimo de la vida actual es, en su mayor parte, inadaptación e incompatibilidad de los contenidos mentales puros con las formas tradicionales de las reacciones vitales y psíquicas. De modo que no podemos menos de ver el mal de nuestra época como una anomalía del metabolismo que incorpora a la vida lenta y penosamente los hallazgos esenciales del espíritu imperturbablemente progresivos de que nuestro tiempo se nutre.

Un estudio profundo de esta anomalía requerirá la previa demarcación y análisis del campo en que acontece, esto es, el conocimiento neto del cuerpo psicoespiritual que la sufre. Y este conocimiento, no solamente de su esencia y origen, sino muy en particular de su actualidad. Es decir, que es necesario, ante todo, el conocimiento extenso de lo que el hombre es en este momento de la historia, tomándole y admitiéndole con todas sus reminiscencias, sus errores y dudas, y considerando a unos y otras como miembros igualmente importantes en su organización mental. Porque, como llevo dicho, no he de estudiar aquí la naturaleza ni esencia del amor, sino su ventura histórica, los trances y vicisitudes por que atraviesa en el momento actual, que son, sin duda, sintomáticos de la profunda crisis íntima que aqueja al hombre y en ellos se registra el problema prototípico de los que hoy le conturban; el problema de su razón vital, de su apetencia o repugnancia de la vida. Así, pues, empezando a estudiar el amor por su forma elemental de relación de los sexos, señalaremos antes de nada lo que hoy constituye la noción que tienen el uno

del otro, aceptando la división de estas dos entidades como realidad del presente; aunque para la entera comprensión de nuestra teoría lo primero que hay que tener en cuenta es lo problemático de su realidad esencial *.

De este modo tendremos que lograr la mayor claridad sobre si hay o no diferencias que separen esencialmente las bases existenciales del hombre y la mujer. Esto es, si lo que sin duda les diferencia y contrapone, la masculinidad y la feminidad, llega a henchir totalmente la razón de ser de los dos tipos humanos que constituyen. Y creo urgente aclarar este punto, porque en él estriban las numerosas terapéuticas con que hoy se atiende a la supuesta depresión que sufre el eros. Aun juzgándolas banales e incapaces de alcanzar a los problemas e intrincamientos esenciales del amor. Pero porque sólo mediante su análisis y destrucción completa, podremos lograr la claridad y comprensión necesarias para nuestra teoría. Considero esto así, porque siendo el problema del eros consustancial del problema del ser, sólo aquellas teorías que se ocupen de éste en su más estricto y riguroso sentido metafísico, tendrán con aquél legítimo parentesco, mientras la balumba de tendencias social psicológicomorales llenas de menudas concomitancias con que en general se le acomete, formará sólo la falsa y efímera norma que constituye la desorientación y desconcierto íntimo de nuestra época.

* «Dejo completamente a un lado la cuestión de saber si las nociones *macho* y *hembra* expresan entidades verdaderas o son de naturaleza experimental.»—*Max Scheler.*

A éstas hay que atender especialmente; porque mientras subsistan será inevitable el vacío de nuestra vida íntima. Para ello intentaremos la crítica de algunas de las teorías que gozan de más prestigio en Europa, y especialmente en España, y son aquellas que intentan influir en el sentido erótico de nuestro tiempo, anteponiendo a toda razón sustancial metafísica, razonamientos psicológicosociales tales como—por señalar el más deleznable y equívoco—la feminización de la mujer. Gran parte de la sociedad europea está enrolada en esta empresa, y esto hace que no se pueda desechar tema tan enojoso, y tan errónea como extensamente tratado. Al final de su análisis habremos logrado por eliminación el comienzo de una noción pura de los problemas actuales y eternos del amor..

Podemos señalar como una de las más afortunadas con el éxito entre las teorías que se ocupan en definir la condición y diferencias psicoespirituales de los sexos, la de Jorge Simmel. Esta, a nuestro modo de ver, tiene la particularidad de buscar la valoración de sus aptitudes específicas tomando como módulo y referencia la cultura misma, en cuanto producto de esa espiritualidad que juzga plural y distinta. Naturalmente, como al considerar a la cultura en su todo, orgánica y absolutamente, no se puede menos de advertir su unidad y congruencia, Simmel afirma en el comienzo de su teoría «Nuestra cultura en realidad es enteramente masculina—con excepción de muy escasas esferas—. Son los hombres los que han creado el arte y la industria, el Estado y la Religión. Y si todo el mundo cree en una cultura puramente «Humana», indiferente a la dualidad sexual, es porque todo el mundo, ingenuamente, identifica «hombre» con «varón» y hasta, en algunos idiomas, se usa la misma palabra para los dos conceptos. Y esta identificación, por otra parte, es también la causa de que no exista una cultura verdaderamente asexuada. ¿A qué es debido este carácter masculino de nuestra cultura? ¿Procede acaso de la esencia íntima de los sexos o de una prepotencia de los varones sin relación intrínseca con el problema de la cultura? Queden por el momento incontestadas estas preguntas. En todo caso, puede decirse que la masculinidad de la cultura es la causa por la cual suelen desestimarse, por «femeninas», las producciones insuficientes en las más varias esferas y ponderarse, por «varoniles», los hechos o creaciones notables de algunas mujeres.»

La teoría en cuestión se sostiene sólo dejando incontestados esos puntos que no podemos menos de juzgar esenciales. Y basta aclarar los dos conceptos que en el párrafo citado aparecen confusos, para encontrar lo que atañe al problema intrínseco de la cultura y lo que le es ajeno. *Hombre,* es el ser que se diferencia *esencialmente* del animal, existiendo, entre ellos, «algo más que una mera diferencia de grado», «algo que la inteligencia y la elección no agotan, ni siquiera tocan». (Scheler.) Es el ser a cuya explicación sólo se puede llegar mediante una «*Metafísica* del hombre». «Esto es, una relación característica del hombre como *tal* con el fondo del universo», el ser cuya singularidad esencial sólo se puede definir

con una palabra, «que comprende el concepto de la razón, pero que, junto al pensar ideas, comprende también una determinada especie de intuición, la intuición de los fenómenos primarios o esencias». Esa palabra es *espíritu*. Y denominaremos *persona* al centro activo en que el *espíritu* se manifiesta dentro de las esferas del ser finito, a rigurosa *diferencia* de todos los centros funcionales «de vida» que, considerados por dentro, se llaman también centros «anímicos» (Scheler). Hombre es, por lo tanto, un concepto que abarca íntegra la esencialidad del ser humano en toda su extensión y fundamento, en todo por cuanto se puede llamarle *persona*. *Varón* no es más que un término diferencial de partes esencialmente homogéneas. «Lo que hace del hombre un hombre», es aquello que le distancia de los demás centros de vida, aquello con que jamás puede entrar en relación con otro individuo que no lo posea. Lo que hace al individuo humano varón, es aquello que distinguiéndole le incita a confundirse con su contrario y pareja. Hombre, persona o «sujeto portador de espíritu», es aquel cuyo ser esencial se atiene a la perdurabilidad de su singularísima relación con el «fundamento supremo de las cosas». Varón es aquel ser que al espejarse en otro individuo de naturaleza idéntica y distinta a la suya, tiende a perderse en él, abandonando al albur vital su esencialidad de varón y perdiendo normalmente la partida en el cincuenta por ciento de los casos; porque esta esencialidad de varón no se puede considerar más que latente e inlograda si no consigue su plena realización formal; mientras que la esencialidad de hombre es un hecho en todo individuo donde exista siquiera una chispa de las más elementales categorías espirituales. De estas, «la categoría más formal del lado lógico del espíritu», es la objetividad, y por serlo, es la que formalmente ha constituído la cultura. Pero la esencia de la cultura, no es necesario insistir en que no es su forma, sino la «razón misma», la *ideación*, «acción de comprender las *formas esenciales* de la estructura del Universo». Es decir, que la cultura proviene, *esencialmente*, de esa intuición de los fenómenos primarios o esencias, que al hombre le es dado objetivar. Pero por esto debemos entender no más que esas simples y primeras capacidades de conocimiento, tales como la noción del número abstracto y de la posición del propio cuerpo en relación con lo circunstante. Por tanto, el acervo de objetivaciones ya existentes, será la forma y extensión de la cultura, pero su esencia es sólo la objetivación íntima del hombre para consigo.

Refiriéndose a ese primario conocimiento, Scheler dice: «El saber que logramos de este modo es válido, con generalidad *infinita* para *todas* las cosas posibles que sean de esa esencia, prescindiendo totalmente de nuestros órganos sensoriales y de la índole y grado de su excitabilidad.» Solamente omitiendo o desestimando esto, puede establecer Simmel sus distingos en el concepto de objetividad, al sostener que esta significa, «por una parte», la idea pura, neutral, que se cierne sobre las parcialidades de los dos sexos, y por otra, «la forma peculiar que corresponde a la producción específica del varón».

Basándose en esto, argumenta que existe un equívoco por el cual los criterios que emanan de una de las dos cosas se apropian la idealidad abstracta de la otra, y «así resulta que aquellos seres que por su naturaleza no pueden actuar en la objetividad específica del varón, aparecen como desestimados, disminuídos también desde el punto de vista de la objetividad superhistórica absoluta y abstracta (que nuestra cultura no realiza o realiza muy esporádicamente)». Cierto, si admitimos que la objetividad absoluta y superhistórica puede ser realizada por la cultura en vez de serlo ésta exclusivamente por aquélla, podremos admitir cuantos equívocos sucedan lógicamente a éste. Pero ¿cómo podría cultura alguna realizar la absoluta objetivación, función primera del espíritu? Y menos aún, realizarla esporádicamente, lo que supondría realizar de ordinario una cultura que fuese una serie de actos sin ideación, mediante los cuales unas veces se lograse retrotraer el espíritu a objetivaciones básicas, ya estables, y otras, alcanzar nuevos planos de objetivación, difícilmente accesibles. «Pero las ideas no existen *antes* ni *en* ni *después* de las cosas, sino con las cosas, y son engendradas únicamente en el acto de la continua realización del mundo *(creatio continua)* en el espíritu eterno.» Por tanto, no podemos admitir que exista un orden de formas a las cuales sólo se puede dar acceso por determinada modalidad del ser humano, que es la «varonilidad diferencial». Si «el proceso básico de la evolución vital es disociación creadora», tendremos que admitir que esa capacidad diferencial no es en su esencia más que

el primer punto en que comienza la existencia espiritual, y la única diferencia, posible entre el hombre y la mujer, será una diferencia de grado en la evolución de esa espiritualidad que poseen, idéntica en índole y esencia, porque no es verosímil que las dos mitades de la especie humana se encuentren en diferentes estadios de su evolución vital. Por tanto, ¿cómo decir que la naturaleza esencial de la mujer es unitaria e indiferenciada? ¿Es que la indudable preponderancia de la vitalidad indiferencial en el organismo femenino influye de algún modo específico en su esencial espiritualidad? Si así fuera, esa espiritualidad condicionada (sería necesario admitir este concepto inconcebible), habría dado ya sus frutos, cuyas características es difícil imaginar. Pero nada de esto acontece. No «existe, pues, una oposición efectiva entre la esencia general de la mujer y la forma general de nuestra cultura», como Simmel cree.

No hay tal pugna entre los contenidos espirituales de la mujer y los de la cultura objetivada, puesto que, mediante el mero progreso de la civilización, toda forma le ha ido siendo accesible. Y ¿cómo negar que lo que ha hecho poco estimable en general la obra de la mujer no ha sido nunca la forma torpe, mala encauzadora de grandes caudales de espiritualidad, sino, por el contrario, la forma hábil, delatora de un bien logrado adiestramiento y de una desoladora pobreza íntima?

Todo esto parece, a primera vista, que atañe a los destinos de la cultura y, por tanto, queda aquí fuera de lugar. Pero no es así; en la teoría de Sim-

mel, no es un plan cultural concebido racionalmente lo que se ventila, es el fundamento íntimo de una mitad del género humano que se encuentra en el trance singularísimo de empezar a cobrar realidad en su ser consciente, que debe ingresar fatalmente en la ola de superactividad espiritual que anima a nuestro siglo y a la que se ofrece por solución «mantener con gran consecuencia un dualismo radical; reconocer que la existencia femenina tiene otras bases, fluye por cauces radicalmente distintos de la masculina, construir dos tipos vitales, cada uno con su fórmula autónoma». Sin duda, una teoría que intente reconocer como positiva (en el terreno espiritual) esa modalidad femenina que se viene considerando negativamente (Simmel pregunta por qué juzgar «la objetividad varonil como lo más perfecto y la vida indiferenciada, la indistinción del todo y las partes, como lo más débil, lo menos desarrollado»), parecerá a primera vista animada de generosidad. Pero no dudando que sentimientos de ese género la hayan inspirado, es fácil demostrar que llevada a la práctica deviene, caso insólito de iniquidad, en la historia, diverge, en intención y en sentido, de lo que siempre fué el comercio de productos ideales, que los hombres unos a otros se han brindado, en el fondo de los cuales, existió siempre el anhelo de repercutir en otro fondo de humanidad semejante. Esta teoría, que ofrece a una determinada porción de humanidad un mundo espiritual libre y distante de aquel en que el propio pensador se incluye, sólo sirve a crear un régimen de impunidad recíproca. De modo que la adopción de

este sistema no implicará mejora ni detrimento alguno de la cultura en su forma externa productiva como se pretende, sino sólo afectará a la norma íntima que rige y determina los afectos y valores morales. Además, es falso de toda falsedad que la voluntad de unirse a la cultura común signifique en la mujer «renuncia a crear nuevas intensidades y cualidades de la cultura». Y lo es porque toda renuncia significa inhibición de fuerzas latentes que pugnan por realizarse, y en la mujer no ha existido nunca, ni puede existir, un reducto espiritual inexpreso y resignado. Sólo ha existido, y seguirá existiendo, un fondo último de espiritualidad neta, lo suficiente débil para descollar dificultosamente entre las fuerzas vitales tan poderosas en su organismo. Y, en suma, el éxito de esta teoría patentiza lo deleznable de esa independencia espiritual femenina, que propugna; porque sólo seres aconscientes, y fácilmente corruptibles, pueden ser captados por el más estupendo aserto, considerado por Simmel como «núcleo del problema». «Es preciso que las mujeres realicen justamente lo que los hombres no pueden realizar.» Si bien es verdad que hasta ahora toda aportación cultural ha sido realizada por algún individuo con aquella su individualidad, enteramente irrealizable para el resto de los hombres, de modo que puede decirse que la razón de ser de cada uno es realizarse, logrando simplemente con esto algo que hasta tanto nadie había realizado; en materia de espíritu no podemos admitir, en verdad, más que la individualidad irreductible de cada ser. No podemos admitir que el espíritu se pro-

duzca en serie, porque el espíritu es «suprasingular y uno» (Scheler), «el espíritu es siempre solidario de sí mismo; no puede en unos órdenes comportarse de una manera y en otros de otra» (Ortega y Gasset).

Una de las cosas que con mayor evidencia pueden demostrarnos la adhesión de la mujer al mundo espiritual, a la cultura, es precisamente su primera manifestación de rebeldía a ella. Y lo es así, de modo significativo, por haberse dado en el momento histórico en que la rebeldía fué una de las tendencias culturales de más viva actualidad. Son significativas igualmente las innumerables manifestaciones negativas que se desenvuelven simultáneamente a toda cultura, y que, causalmente, tienen con ella estrecho nexo. Éstas, consideradas depravaciones, siguen una curva enteramente análoga a la que sigue la vida espiritual más depurada, es decir, que cada época tiene un estilo y sentido que es común positiva y negativamente a todos sus procesos espirituales. No creo posible excluir a la mujer de esa esfera abismática del espíritu en que residen el suicidio o la depravación de cualquier género. Atendiendo, por descontado, a estos no como vicisitudes psíquicas, sino a su causa y esencia, a su posibilidad de ser y acontecer, que radica en su origen en la «primera reversión de la vida sobre sí misma» en tanto que causa de las represiones vitales.

Este punto inicial de la conciencia, nos es preciso concebirle como un despertar del estado extático en que Scheler considera sumida a la animalidad y Simmel a la feminidad. «El animal no puede llevar a

cabo ese peculiar *alejamiento y sustantivación* que convierte un *medio* en *mundo* ni tampoco la transformación en *objeto* de los centros de resistencia definidos afectiva e impulsivamente. Yo diría que el animal está esencialmente *incrustado* y *sumido* en la realidad vital correspondiente a sus estados orgánicos, sin aprehenderla nunca objetivamente.» (Scheler.) «La esencia ideal de la mujer consiste en esa reclusión dentro de la periferia imperforable en esa cerrazón orgánica armonía de los elementos esenciales uniforme referencia de las partes al centro. La mujer descansa en su belleza, sumida en la bienaventuranza de sí misma.» (Simmel.) Dos definiciones que dan idea de un estado preespiritual, de un estado anímico donde la conciencia podría encenderse, pues se la supone próxima. En Scheler este sentimiento queda disipado, porque a lo largo de su obra hay una continua repetición y demostración de que esa condición de espiritualidad es la diferencia esencial que hace del hombre un hombre, mientras que en Simmel, la demostración de ese reducto psíquico cuya integridad es totalmente ilusoria, lleva implícita su inexactitud. Así como Scheler dice «sumido en la realidad vital», Simmel dice «descansa en su belleza», y basta este concepto para turbar el hermetismo pretendido con su contenido que cifra una de las primordiales inquietudes humanas. Porque, a renglón seguido, Simmel afirma no referirse a la mera belleza corporal, realidad vital, la única verdaderamente extática en la que también el animal descansa, sino a otra belleza, ¿psíquica?, así parece calificarla sin convencernos: la be-

lleza de que puede participar una anciana arrugada y sin embargo bella.

Una apreciación de tal modo parcial sólo puede ser explicada por la predilección sexual muy respetable en la intimidad afectiva del hombre, pero deleznable en extremo en la intimidad mental del filósofo. Preponderancia de vida psíquica no implica en absoluto belleza psíquica, pues es notorio y proverbial que en el mundo psíquico, rico pero caótico de la mujer, habitan todos los morbos con sus huestes de monstruos y aberraciones, las únicamente graves de origen espiritual. El tópico concepto de la bella anciana, no puede menos de resultarnos, por tanto, puerilidad risible, ya que la psique femenina ha sido turbada y atormentada secularmente por instancias sensuales y espirituales. Una psique esencialmente bella, sería en la que nunca pudiera efectuarse la pugna de los impulsos vitales, la que compusiese un todo armónico de sentidos y pasiones; pero eso que Simmel llama «uniforme referencia de las partes, al centro», es más que uniformidad de referencia de partes, que pueden ser dispares e inconciliablemente enemigas. Por tanto, a esta suma de fuerzas iguales y discordes no es posible llamarle armonía; porque su igualdad sirve únicamente a su anulamiento y esa belleza decantada, que, sin duda, buscando con empeño, se puede hallar en anciana o anciano—hasta ahora el ejemplo clásico es el patriarca—; si es psíquica, queda reducida a caso personalísimo, ya que no puede atribuirse más que a la esencia individual y a la venturaindividual de cada alma, y si espiritual, necesariamente se basa en cualquier ética o estética por rudimentarias que sean; resultando por ello reflejo aunque mínimo de conciencia y compenetración con una norma.

En resumen y estrictamente, esta teoría que analizamos da por cierto que la existencia de la mujer radica en una base moral distinta de la que viene manteniendo la vida espiritual del mundo. Simmel juzga que, al pretender la mujer escribir—entendamos pensar—como un hombre, demuestra una «ambición servil». Pero, en verdad, nunca demostró la mujer mayor vileza que al aceptar este postulado que encierra una intención de soborno y un fondo de desprecio como hoy no se encuentra en ninguna de las tendencias sociales que consideramos no corrompidas. Para que esto fuese así, tenía que ser comprobable que la mujer no se identificó nunca con la tendencia ideal coetánea de su propia vida. Y esto no hay más que un punto de vista desde donde se pueda sostener: aquél desde donde se afirme que la mujer es solamente una apariencia humana. Esta idea, sin duda, figuró en alguna de las formas de cultura del pasado, y he aquí una luminosa paradoja: fué acatada, asimilada y comprendida por la mujer. Al plegarse a ella no demostró servilismo alguno, sino sentido normativo; porque ella era entonces la vía hacia toda superación. Oponerse hubiera significado romper la unidad ideal de una época. Cosa que puede considerar factible quien argumenta en tono de censura que «nuestra moral histórica, la moral de un tiempo y de un lugar, nos parece realizar cumplidamente el con-

cepto de la moral en general» (Simmel). Pero esto, si es así, obedece a que «los contenidos tradicionales nos son dados siempre como *presentes*, no tienen fecha y se muestran *eficaces* para nuestra acción presente *sin llegar* a ser objetivos en una determinada distancia de tiempo» (Scheler). Es decir, que todo concepto, mientras está obrando activamente sobre nuestra actualidad vital, es, en cierto modo, inmune al disolvente de la razón. Después, cuando esta eficacia vital declina, la razón «en un mismo acto objetiva un contenido tradicional, y al hacerlo lo lanza de nuevo, por decirlo así, al pasado a que perteneció». De este modo, «el peso que la tradición ejerce *preconscientemente* sobre nuestra conducta, disminuye, sin cesar, merced al progreso de la ciencia histórica» (Scheler). Pero este cambio en la adopción de conceptos, con su inevitable alternativa de confianza y análisis, si está nutrido por una auténtica laboración consciente, no implica jamás depreciación de los valores preteridos, antes al contrario, clasificación exacta de su situación y significado. Por tanto, no podremos, es verdad, defendernos de tomar la moral de nuestro tiempo y lugar como única eficaz, como en realidad lo es, siempre que nos tenga por piedra de toque. Pero por esto no dejaremos de penetrar la legitimidad sustancial de otros momentos históricos, y una vez comprendidos en todo el sentido que profundamente entrañan, tampoco podemos admitir que la atmósfera en que se desenvolvía cada uno diese al mismo tiempo vida a otra creación antagónica. La mujer nunca hizo otra cosa que desempeñar

el papel que en razón de verdad le correspondía. Y con esto no quiero decir que resignadamente supiese juzgar su escaso merecimiento. No, sino que teniendo la intuición exacta de todos los porqués ideales de su época, y quedando cifrada en éstos tal o cual norma de actuación para ella, la admitía sin rebelarse, porque el progreso cultural había llegado en dicho momento a tal punto de desenvolvimiento.

Con esto parece que acepto como bueno el plan de cultivo que ha venido siguiendo la mujer. Nada de eso, creo con todos sus defensores que el espíritu de la mujer ha sido cohibido por el peso de prejuicios religiososociales que la han abismado en sus innatas trabas fisiológicas; pero difiero de todos ellos, en creer que la causa de esto estribe en el egoísmo del varón ni en que haya pugna de interés ni predominio de fuerzas. En este asunto, como en otros muchos, no hay más causa ni más enemiga que la pequeñez y obtusidad humanas, patrimonio equitativamente repartido entre los dos sexos. De este modo considero a la humanidad dividida en dos sectores de límite efectivo como nunca lo fué la división sexual: el individuo estulto y su contrario. No hay más lucha ni más inquina que la que puede existir entre estos dos tipos de humanidad. Dentro de cada uno de ellos todo es cooperación y armonía. Así puedo creer que la mujer no ha sido ajena a ninguna de las formas de cultura que más la pospusiesen y relegasen, antes bien, trabajó en ellas en un coeficiente probablemente, igual al masculino, de mezquindad, de estrecheces moral y mental, en un sector

de buena fe y de esfuerzo en el opuesto. Y si, a pesar de esta colaboración y de esta unidad de tendencia y deseo no se ha llegado hasta hace poco a comprender que la situación moral de la mujer reclamaba saneamiento, ha sido porque la humanidad, viva espiritualmente, ha necesitado llegar por sus pasos a un punto común en el que el feminismo ha sido, única y exclusivamente, nada más que derechos del hombre.

Hay, como antes dije, en esta teoría una intención de distanciar a la mujer del mundo espiritual, de crueldad realmente desusada. Nunca, ni en las épocas de más depreciación del ser femenino, se ha intentado relegarle a un mundo libre, pero diferente. Si en esto se viese un móvil puramente social, habría que juzgarlo sólo acertado o erróneo; pero no se trata de esto. Desentrañar el problema erótico, desde la más elemental sexualidad hasta los indecibles matices del afecto, tal como se plantea hoy día por primera vez en el mundo, puede solamente darnos la clave de este hecho singular, por el cual la mente humana pretende crear una esfera mental que sea a esta misma mente hermética e inaccesible.

El problema de la desavenencia actual de los sexos ha sido ya, sin duda, enfocado con un punto de vista más cálido y auténtico que el de Simmel, desde el cual se pretende aclarar el drama íntimo que se libra en el alma de la mujer al tener que superar los valores tradicionales. Pero aunque esta otra visión intencionalmente se aproxima a la verdad vital del

problema, tampoco logra alcanzarla, por estar sostenida y emboscada en un error. «¿Puede un hombre escribir acerca de la mujer, acerca de su *absoluto contrario*, diciendo algo exacto, algo allende la cuestión sexual, el resentimiento, la ilusión, la teoría?» (C. G. Yung.) Es urgente apuntar la importancia que tiene el acercarse al tema de que tratamos excluyendo totalmente esta salvedad, es decir, admitiendo *únicamente* que puedan existir contrarios entre el hombre y la mujer en lo que atañe a la cuestión sexual, el resentimiento, la ilusión, la teoría, mientras que todo otro punto de estas entidades pertenecerá a su condición y esencia humana homogénea.

La tesis de los absolutos contrarios, es de tal modo insostenible que el mismo Yung, apenas expuesta, reconoce como fuera de toda duda el hecho de que la mujer actual pasa por la misma fase que el hombre, y acto seguido establece un parangón entre la situación crítica que atraviesa Europa entre los dos grandes poderes del Este y del Oeste, ideal uno, material otro, y la crisis de conciencia en que se debaten el hombre y la mujer, afirmando: «La lucha de contrarios que acaece en el mundo masculino de Europa, se desarrolla en la esfera del espíritu práctico y se expresa en los campos de batalla y en los balances de los Bancos. En la mujer es un *conflicto anímico.*» En primer lugar, es inexacto que pueda desarrollarse una lucha de contrarios en la esfera del espíritu práctico, porque lo que se quiere dar a entender con esto es que dicha lucha acaece dentro ex-

clusivamente de la esfera práctica del espíritu y, naturalmente, si esa esfera está constituída por un todo homogéneo de practicismo, no hay tales contrarios que puedan luchar dentro de ella, si acaso resultará ésta mera lucha de intereses, lo que equivaldrá a la personalización de grupos o potencias, pugnando entre sí por alcanzar una misma meta. Sin embargo, ni con el mayor pesimismo podemos admitir que el caso, el asunto actual del mundo masculino, sea de tal estrechez. Es demasiado evidente la lucha y completamente innegable que ésta es de contrarios, por tanto, tendremos que suponerla entre las infinitas y dispares esferas del espíritu y entre las fuerzas no espirituales. Naturalmente, para que esto quede argumentado, Yung define la naturaleza de los sexos. «La psicología femenina tiene como principio el *eros*, el que ata y desata, mientras al varón le está adscrito, desde tiempo inmemorial, el *logos* como principio supremo. Se podría expresar la noción del *eros* en lenguaje moderno, diciendo que es relación entre almas, y la del *logos* interés objetivo por cosas.» Este postulado, que puede tomarse muy bien como una definición acertada de las dos potencias esenciales del ser humano, falla automáticamente en cuanto intenta ser válido para deslindar los conceptos *hombre* y *mujer*, de tal modo, que el mismo Yung, apenas formulado, se precipita por él en el error, en la incomprensión arbitraria—esto es importante—, especialmente de su sexo. Yung contrapone un tipo de hombre «eróticamente ciego» a un tipo de mujer en el cual tiene absoluto predominio la relación erótica, y al definir las

derivaciones que para cada uno de ellos toma el amor en el matrimonio, concediendo una importancia excesiva a este censo de las relaciones, manifiesta implícitamente su propia desconfianza cuando intenta sostener la integridad del *eros* en la mujer. («Como *su eros* no es ingenuo, sino que permite también otros motivos inconfesados, como, por ejemplo, obtener una posición social por medio del matrimonio, etc., el principio no puede realizarse con pureza.»)

Sin duda, está demostrado hasta la evidencia que ningún principio cuyo fundamento sea la esencialidad de lo masculino o lo femenino puede realizarse con pureza en el hombre ni en la mujer. Yung atribuye este proceder impuro a la influencia que ejerce en el individuo su propio último término, explicando esto así: «Mas como la persona humana reune en su naturaleza lo masculino y lo femenino, un varón puede vivir lo femenino y una mujer lo masculino. Sin embargo, para el varón lo femenino queda en último término, como para la mujer lo masculino. Así, pues, el que vive lo sexualmente opuesto, vive en su propio último término y pierde lo sustancial y peculiar. El varón debiera vivir como varón y la mujer como mujer.» Este aserto, a poco que se considere, no puede menos de aparecérsenos como mandato gratuito enteramente caprichoso, es decir, que no tiene más significado que el de ser el modo de preferir y desear de determinada persona, pero sin razón alguna sustancial, que nos persuada para anular o eliminar ese nuestro propio último término, que constituye, al fin, nuestro fondo, limitando nuestra vida, nuestros actos

y afectos al jugar en ellos sólo nuestra condición más simple y superficial.

«Lo sexualmente opuesto se encuentra en la peligrosa vecindad de lo inconsciente». De aquí parte Yung al exponer el porqué del incentivo misterioso que tiene lo sexual opuesto y la mezcla de rubor y hasta de aversión que se siente ante lo inconsciente. Y al dar a lo inconsciente esa sustancialidad femenina, advierte que «es su estímulo en tan alto grado atractivo y fascinador, aunque no se nos presente desde fuera en forma de mujer, sino por dentro como efecto anímico». Como es natural, inmediatamente tiene que añadir «este ejemplo no es desde luego característico para la mujer, pues sus caprichos y emociones no le vienen directamente de lo inconsciente, sino que son propios de su naturaleza femenina y, por consiguiente, nunca son ingenuos, sino mezclados con una intención inconfesada. Lo que a la mujer le viene de lo inconsciente, es una especie de *opinión* que sólo de modo secundario le estropea el capricho». Esto puede tomarse como una buena definición de un estadio psíquico, susceptible de todos los maleamientos de la inteligencia y de la astucia, pero auténtica e innegablemente infrahumano.

Esos caprichos o emociones, mezclados de intención inconfesada, esa «actitud pasiva que oculta en su fondo un invisible designio», como Yung mismo acaba por reconocer, son simplemente manifestaciones del instinto que predomina en el organismo de la mujer, porque dada su fisiología constantemente laboriosa, sus restantes potencias evolucionan lentamente

y sólo ahora empieza a iniciarse en ella la «*decadencia* del instinto y de su peculiar *sentido*», ya que «el individuo orgánico se va *destacando* y separando, cada vez más, de los vínculos de la especie y de la inadaptable *rigidez* del instinto. Pues sólo mediante el progreso de este principio, puede el individuo adaptarse a situaciones *nuevas*, esto es, no típicas para la especie. Con esta adaptación, empero cesa el individuo de ser un mero punto donde se cruzan los procesos de reproducción» (Scheler). Yung pretende que «lo que a la mujer le viene de lo inconsciente es una especie de opinión» y que su intelectualidad masculina «en modo alguno es racionalidad verdadera». Pero en Scheler está claro al explicar puntos primarios de la vida anímica y de la *conducta* animal como ciertos actos elementales son netamente inteligentes, lo mismo si son acertados que si son estúpidos. El no comprender esto así, ha producido sin duda en Yung este error que podemos considerar dictado por la observación de la vida real, pues es notorio que en la conducta intelectual de la mujer resalta esa estupidez desoladora que hace posible la duda de si poseerá o no racionalidad verdadera. Y también podemos apuntar otro hecho que influye en este equívoco, el de que por la novedad histórica del caso, la mujer que hoy día logra un grado cualquiera de cultura, corriente y enteramente insignificante en la labor mental colectiva, se encuentra por ello socialmente destacada y expuesta en una situación preminente que el hombre no logra, más que si acaso, en un uno por ciento del contingente activo de intelectualidad; por tanto, el

hombre que forma el gran número anónimo de seres medianamente disciplinados en el pensar, pasa en general inadvertido y no se parangona nunca con la mujer notable por el mero hecho de su inusitada actividad, siendo, sin embargo, su verdadero colateral, ya que si se profundiza en los procesos racionales de ese hombre, se encuentra también un deficiente arribo y contacto con lo puramente consciente. Mantengo también aquí mi convicción de que en estos hechos no hay, en modo alguno, injusticia social, son naturales y se producen en perfecta consecuencia con su situación en el tiempo. Pero al eximir de culpa a la sociedad no se me escapa que alguien es, aunque en modo indirecto, influyente en el caso, y, a decir verdad, sólo pueden serlo los grandes poseedores de consciencia, responsables de la orientación o despistamiento de cada época. Pero también este cargo debe ser atenuado porque, aún residiendo esta máxima conciencia en la mente del varón, es notable que respecto a este punto es, ha sido y será coaccionada por una intención inconsciente, inconfesable, por una intención que es un secreto tácito de la sociedad en pleno, un quid que en verdad todo el mundo teme que llegue a ser descubierto. Por este quid que amedrenta con su incógnita deriva la mayor parte de las teorías hacia mil temores pueriles sin fundamento lógico alguno, tales como la creencia en el peligro de «el hecho de que las mujeres abracen una profesión masculina, estudien y trabajen a la manera de los hombres y hagan, por lo tanto, algo que por lo menos no es completamente conforme a su naturaleza femenina, sino perjudicial

del todo», y el de que «la suposición u opinión inconsciente es el peor enemigo del ente femenino y, en ocasiones, llega a tomar el carácter de una pasión demoníaca que irrita a los hombres y los desconcierta y reporta a la mujer el más grave daño sepultando lentamente el encanto y el sentido del ser femenino». Estos temores no pueden menos de aparecérsenos como superstición aldeana.

Creer que lo esencialmente femenino psíquico no tiene un fundamento inexpugnable como lo fisiológico, es igual que temer la influencia de los cataclismos sociales en los fenómenos cósmicos, es ese complejo de temor y soberbia que hace a la pequeñez humana montar la guardia al tabernáculo de la eternidad por creerla en el fondo eterna merced a su custodia. Y aquí vuelve a manifestarse la observación superficial de hechos sociales. Es innegable que abundan los casos de mujeres cuya feminidad aparece relegada y disminuída por una varonidad intelectual que no pasa de pretensión informe, y es espontáneo suponer ante esto, que parece empeño mal logrado, una causa de orientación errónea que pospuso el valor verdadero restando energía a su realización. Este hecho puede asegurarse que *nunca* es así esencialmente. Cuando en la mujer la feminidad es disminuída por derivación de la energía hacia el intelecto, la verdadera causa es que aquella feminidad se era a sí misma insuficiente y necesitaba el refuerzo de energías intelectuales—recursos inteligentes—, esto es, el adiestramiento de las facultades conscientes para lograr una apariencia de vitalidad en su parte miserable, mediante la

simulación o copia de un módulo femenino ya establecido, objetivado. Es inocente suponer que ese encanto del ser femenino es extensivo a todo el sexo, en ese caso dejaría de ser *gracia* para ser mera *aptitud*. La lucha verdaderamente vital se libra en la mujer que posee esa gracia, en la que conoce su índole inalienable y no teme perderla, sino que la considera ya, como principio, jerárquicamente perdida.

La verdad del caso, a un tiempo buscada y esquivada, se manifiesta en Yung *casi* certeramente. ¿Es cierto que existe un problema «frente al cual palidece la importancia del problema social» y que este es «el problema de *la relación anímica entre los sexos*»? Es evidente. Pero ¿se puede pensar que esta relación en cuanto anímica fué deficiente en épocas anteriores? De ningún modo. Las intensidades logradas por la humanidad en lo anímico de la relación de los sexos, son insuperables y no bastan todos los cambios de vida ni todas las influencias de ambiente a relajarlas. Ha sido preciso que, junto a esa misma esfera anímica, se crease un nuevo problema, si no consustancial, parejo a ella en su fundamento, que radica en el eje de lo humano: el problema de la relación espiritual. Pero como este problema no puede ser circunscrito en el exiguo campo de relación entre los sexos, buscaremos su solución allí donde el espíritu se manifiesta más diversa y libremente. Para esto, ateniéndonos a Yung, es preciso empezar por aclarar lo que considero incomprensión fundamental de su sexo.

Decir que el hombre es *eróticamente ciego*, es una

redundancia que no explica nada. El hombre es *eróticamente puro*, porque en él están naturalmente deslindados el terreno del eros y el de la razón. Y por esto precisamente, es por lo que sólo el hombre ha podido hasta ahora *ver algo* en el eros, porque su razón igualmente pura se ha asomado a él sin confundirse ni perderse y porque en él el eros se ha mostrado a la razón igualmente íntegro, con su ciega seducción, que estriba, no en ver, sino en ser visto. No aludo, por parecerme superfluo, al caudal de ciencia del eros que el hombre tiene archivado en la filosofía, en la poesía, etc.; sólo diré que toda mujer cuyo espíritu haya sentido alguna necesidad de luz ha tenido que buscarla allí. Porque en la mujer el eros en cuanto eros es ciego igualmente, y en caso de asociarse a la razón se puede asegurar que además se es insuficiente. ¿Cómo no reconocer que cualquier «intención inconfesada» de orden social, económico o simplemente atávico, como Yung dice bien, «mezclada» al eros, es mil veces más impura que lo que llama «imperdonable equivocación de mezclar el eros con la sexualidad»? Si consideramos el eros como perteneciendo a un estadio psíquico ya definidamente humano, tendremos que admitir que en su esencia sólo tienen un punto de contacto originario con la sexualidad, ya que allí donde el eros no *ata* y *desata* la sexualidad, cumple esa misión. Por esto el hombre que apetece siempre lo sustancialmente puro, prefiere la relación sexual al *pastiche* anímico de intenciones inconfesables.

En la vida de hoy sólo dos tendencias pueden

prevalecer como legítimas: la sexualidad pura y la superación de la sexualidad. Me explicaré, porque sobre esto gravita un equívoco monstruoso. Yung pretende que «hoy día exige tanto la vida del hombre, que al noble hidalgo Don Juan se le puede ver a lo más en la escena. Más que nunca gusta el hombre de la comodidad, pues vivimos en la época de la neurastenia, de la impotencia y de los *easy chairs*. Ya no le quedan energías para escalar balcones ni batirse en duelo». Este aserto es en nuestra época una de las blasfemias que podemos considerar vigentes. Atenta a nuestra fe más flamante. Es una injuria de la máxima inexactitud contra nuestros valores más legítimos y vitales. Don Juan hoy no es un mito repristinado, no es una representación a la que se quitó el polvo del olvido y volvió a brillar prestándonos su vieja sugestión, Don Juan es para nosotros simplemente el anhelo humano inaplacable, para cuyo apetito, toda vida, por exigente y arrolladora que sea, resulta ligero alimento. Y es cierto que en nuestra época crece el montón de neurastenia e impotencia, pero al hacerlo, atestigua el vigor del presente como los detritus y escorias delatan la proximidad de los grandes centros de producción. En una palabra, Don Juan es el eros en su manifestación más alta, el vértice humano en que culminan intimando impulso y espíritu.

Pero prescindamos de Don Juan, ya que sólo he querido salvarle de tan desatinada calumnia para ocuparnos del eros en el hombre en relación con lo femenino en el momento actual. Respecto a esta crisis en el estado de cosas que venían sucediéndose en la historia, hasta ahora normalmente, todo el mundo está de acuerdo en reconocer que ha sido patente con simultaneidad a los últimos hechos que han conmovido al mundo. Yung lo relaciona de continuo con el modo en que el hombre ha sido afectado por la guerra y por las revoluciones de estos veinte o treinta últimos años, sacando en consecuencia que las modificaciones del medio de vida han creado nuevas costumbres, y que éstas van influyendo en la vida psíquica, que por lograr su acomodación a ellas se encuentra en trance de renovar sus contenidos íntimos. No es posible negar estos hechos, pero a poco que se profundice se encuentra que el orden en que se producen es diametralmente inverso. No es que la acomodación a un medio con su gradual proceso de conquista vaya creando un reducto anímico resultante de determinada combinación de sensaciones y resistencias, labor primaria, elemental en lo psíquico, sino al contrario, que el alma saturada de su medio, tranquilamente vencedora de todas las hostilidades naturales, anula en sí toda vida de relación tradicional y se queda frente a frente con su soledad. El conflicto se crea de esta autocontemplación. Después sucede que la primera acción que origina este conflicto es demoledora, consiste en trastocar el medio, suave en exceso, para hacerle otra vez sensible.

Por esto no es concebible que estas guerras y revoluciones, meros efectos, hayan condicionado nuestra vida en pugna con nuestra actividad anímica; al contrario, no han sido más que manifestaciones,

aunque crueles, tímidas, de la tempestad interna, que si bien sorda, había ya descuajado las más añosas convicciones. Me es preciso prescindir aquí de lo fundamental en esta crisis de conciencia, que es, sin duda, su eje original metafísico, causa de todas las modificaciones importantes en la topografía de lo jerárquico, para concretarme al problema de relación entre el hombre y la mujer. Este problema, como ya he dicho, es anterior a las revoluciones y la guerra, y, sin duda, uno también de los factores recónditos que llevaron al hombre a ella. Muy antes de la guerra, el estado moral de Europa empezaba a manifestarse claro. En el momento de tránsito de un siglo al otro, el arte fué quedando libre de la mujer, haciéndose notable este alejamiento según el género de la producción fuese más o menos próximo a la conciencia, esto es, empezando por la literatura y continuando en las artes plásticas y la música. Pero esta progresiva eliminación de la mujer en la literatura lo fué sólo en aquello que tenía de representación suma del eros, esto es, que sin abominaciones ni anatemas se la fué dejando en su justo puesto, borrándose su tradicional hegemonía al realzarse como jamás un mundo erótico distante de ella. El hombre empezó a darse cuenta de que su vida íntima no estaba circunscrita en su vida sexual, de que existían otras zonas de insospechada temperatura donde no era necesario arroparse con la piel de la mujer. Comenzó con fuerza apasionada el prurito analítico. El rubor y la repugnancia del intelecto, por lo ultraconsciente, desaparecieron, o más bien, quedaron dominados, como

siempre que se les contrapone la fuerza del eros, y ésta se empleó en crear uniones y lazos de intimidad más estrecha que lo acostumbrado. La literatura de introspección, de recuerdos de infancia, de contemplación y arrobamiento íntimos, brotó extendiéndose por Europa como un paraíso flamante en el que pecar era estúpido e inconveniente, y del que se relegó a Eva sin arrojarla, sin más que exhortarla a que reservase su manzana para la hora de comer.

De esta corriente, que delata determinado estado de conciencia, derivan todas las creaciones más puramente intuitivas. Quedan incluídas en ella todas las que en su momento se consideraban futurísticas. Pues bien, con esta disposición de espíritu y de sentidos fué el hombre a la guerra. Es posible que a todo el que acostumbre a pensar sobre este asunto del necesario cambio en la relación de los sexos, le parezca todo esto digresión extemporánea. Yo afirmo que no lo es. Porque todo el documental existente hasta el día, en uno y otro sentido, ha sido colectado en distinta esfera, generalmente en la muy limitada de las formas y transformaciones sociales. Así sucede que al mismo tiempo que la realización social de esa modificación se va logrando con natural facilidad, dentro de ella, el problema íntimo se intrinca por momentos y amenaza plasmar en soluciones de todo punto perniciosas por falsas. Esto es lo que da lugar a que los que intuyen este latente problema se alarmen, creyéndole exacerbado por causas que le son completamente ajenas, y en tal terreno indiscutibles, sin darse cuenta de que su esencialidad íntima, aso-

cial, radica en puntos del drama humano muy superiores a aquellos que pueden pervertirse al ser condicionados por cualquier medio. En general, puede decirse que todo punto de vista o concepción social de la sociedad es frívolo, y que nadie que viva con conciencia verdaderamente actual puede sentirse activado por lo que no sea esencial y sustantiva inquietud íntima supersocial. Porque a nuestra época, lejos de padecer, como Yung cree, «insuficiencia de nutrición psicológica», lo que le pasa es que ha llegado, en lo psicológico, a tal madurez, que se encuentra en el trance de superarlo. Y no es por ningún espejismo ni por ningún interés por lo que la sociedad, en un noventa y nueve por ciento, se empeña en engañarse, sino por un temor: el de que la reacción que se necesita no es un mero matiz modal, fácilmente contagiable por las zonas sensibles del cuerpo y del alma, sino una íntima sinceración y un desairragamiento de los puntos más básicos del espíritu.

Para defenderse de esto es para lo que se intenta revivificar el mundo psíquico dentro de la simplicidad con que puede desenvolverse en la mujer, haciendo una inocente pintura de los móviles del momento. «El alma de Europa está desgarrada por la barbarie infernal de la guerra. Mientras el hombre está ocupado totalmente en reparar los daños exteriores, empieza la mujer, inconscientemente como siempre, a curar las heridas interiores, y para ello necesita su instrumento más importante: la relación anímica.» (Yung.) Pero esto, ¿dónde sucede? ¿Existe alguna provincia cuya vida no es más que un hormiguear de funcionarios que se afanan mientras sus esposas embellecen para ellos el dulce hogar? Sin duda existe en algún sitio; pero a esta provincia no se le puede llamar Europa, porque Europa, después de la guerra, ha hecho un balance escrupuloso y está harto comprobado que no existe déficit en materia de alma. Mientras en todas las salas de sesiones se ha habilitado un sillón para el representante del *partido* femenino, y en las creaciones de postguerra la mujer no ha significado, en tanto que mujer, más que el deseo primigenio reavivado por la abstención, la necesidad sexual impuesta crudamente, bien como placentera satisfacción, o bien como tormento inesquivable, el mundo anímico se ha repoblado, llenándose de aportaciones libérrimas que el hombre ha elaborado en su soledad. Porque esta guerra, en la que el hombre ha meditado tanto enterrado en vida, buscando inútilmente en sí el manantial de odio que pudiese sustentarla, le ha llevado, al no hallarle, a encontrar inexplorada en su origen esencial la vena del amor. De este hallazgo surgieron nuevas formas, expresiones netas de la imagen que el hombre contemplaba dentro de sí; su ser íntimo revelado con insospechable seducción. Y estas formas han sido la amistad y el *amor* homosexual.

Una salvedad me urge antes de desarrollar este tema que creo de importancia capital en el destino de la relación de los sexos. El conocimiento de esta materia, que cualquier persona de mediana cultura tiene hoy día, merced a los trabajos de divulgación científica, es más que suficiente para llegar a su per-

fecto enfoque desde el punto de vista que *únicamente* nos interesa: el que considera al *amor* homosexual pura y simplemente como una de las infinitas encrucijadas del eros. Por tanto, toda consideración de doctos o prácticos que pudiera oponerse a esta teoría intentando condicionarla a porqués extraeróticos, debe tomarse como de todo punto impertinente. Pues bien, esta innovación en lo erótico, que lo desvía de la mujer, no significa decadencia de su intensidad anímica, sino, por el contrario, concentración de su fuerza que, mediante un nuevo sentido, intenta la realización más pura de su verdadero ser *. Y no digo *más pura* por juzgarla así al quedar exenta de relación sexual, de ningún modo, sino solamente por no estar supeditada a ella ni a nada. Crisis de tal modo profunda, no anuncia una primaveral metamorfosis del estilo, sino una penosa incubación del problema humano por excelencia.

Queda, por tanto, excluída toda transformación modal, toda rebelión o sumisión a las trabas sociales, todo interés por las concomitancias psíquicas, puede decirse que cuenta como problema única y exclusivamente la dificultad esencial de amar. Es necesario reconocer que esta dificultad existió siempre, aunque subterránea, paralela a la vida del hombre. El momento actual ha llegado a encontrarla patente des-

* No señalo este hecho como sin precedente en la historia. Scheler interpreta otro análogamente. «San Francisco ha sabido, con un arte psíquico sin ejemplo, involuntario e inconsciente, despojar a la gran emoción histórica del movimiento provenzal de que estaba tan profundamente penetrado, de toda pesantez, de todo apegamiento a la tierra y a la mujer, hasta el punto de no conservar más que el *ritmo* de toda sensación, el ritmo inmaterial.»

pués de un número incalculable de experiencias, después de la consunción de infinidad de modalidades en las que las más diversas cosas se probaban y siempre se omitía una; el amor como acto de alma y espíritu es de por sí penoso y difícil. Una vez más creo preciso recurrir al acervo inagotable de Scheler. Aunque a primera vista puede parecer que entre lo que llevo expuesto sobre el estado espiritual de Europa con respecto a lo erótico y su teoría del amor existe una antítesis, no es así. Pensando en la verdadera esencia de las cosas, es, ante todo, necesario apreciar cuándo los fenómenos psíquicos que afectan a la sociedad, aun manifestándose como corrupciones morales, delatan el inconfundible anhelo de la depuración moral. Pues bien, ese retraimiento del alma y la conciencia de nuestra época hacia su centro íntimo, no significa más que la vuelta al punto de partida, retroceso que sólo se lleva a cabo cuando existe el propósito y ánimo de avanzar. En ese su último reducto es donde el hombre acrecienta su «sentido interno», donde se llena de la evidencia de sí mismo y de donde sólo puede querer salir hacia otro distinto pero categóricamente idéntico. Mediante la posesión y reconocimiento de su yo íntimo, el hombre concibe la identidad y diferencia de otros orbes externos. Scheler define la conciencia de esa identidad de este modo: «El otro, en tanto que hombre, en tanto que ser viviente, posee el mismo valor que tú, existe tan ciertamente como tú; todo valor que te es exterior debe ser situado en el mismo rango que los valores que te son propios»; y la de esa diferen-

cia: «las personas, por el contrario, no difieren realmente y en última instancia las unas de las otras nada más que por sus modos de ser, es decir, nada más que porque cada una de ellas es un individuo *absoluto*».

Siendo esto así, cada uno de esos orbes cerrados erraría en la soledad si el acto de amor no consistiese en «comprender lo suficiente a otra individualidad modalmente diferente de la mía para poder ponerme en su lugar, aun concibiéndola como otro que no soy yo, como diferente de mí mismo, afirmando al mismo tiempo con calor emocional y sin reserva alguna *su* realidad, *su* modo de ser». Afirmar con calor emocional la realidad de otro, compartir con él nuestro propio aliento, es el quid difícilmente alcanzable, porque sólo se puede remontar contra la corriente de fuertes oposiciones también sustanciales del espíritu. «El *pathos* que lleva en sí el amor de la humanidad es un *pathos* específico y que le es propio. Se le puede definir con las palabras de Goethe: «Pues soy un hombre y esto significa ser un luchador.» Complejo de conquista y vencimiento («sucesivamente abdicar y recobrar, robar y restituir la libertad, la independencia, la individualidad, he aquí lo que constituye la esencia misma del amor») que puede objetársele nunca fué desconocido. Pero lo que propugno no es la novedad de este hecho coetáneo del alma humana, sino el agudizamiento de su problematismo, que rechaza como vitalmente destructora toda atenuación. Trato, en suma, de probar que toda diferenciación genérica de los sexos, todo lo que delimite los reductos psíquicos de uno y otro, siguiendo el módulo de la diferenciación sexual orgánica que determina la función de cada uno, lejos de vitalizar la lucha erótica le proporciona solamente un falso derivativo. El «amor por el alma individual» sólo puede realizarse cuando la individualidad de ese alma se nos revela como secreto absoluto, sin vía de acceso manifiesta. Todo atributo o determinación que haga a ese alma relativa a algo, la desposee de su esencial virtud de ser ella misma. Pues bien, este prurito de hallar el alma individual exenta de toda posible clasificación o jerarquización que no estribe en su singular esencia, es el verdadero móvil íntimo de nuestra época, como jamás lo fué en aquellas que se diputaron de individualistas.

Por tanto, podemos decir que el amor individual sustancialmente vino realizado desde siempre, nutriendo con la verdad de su existencia un número incalculable de falsas y aparentes representaciones. Scheler advierte «hay que cuidar de no juzgar el amor puro y verdadero según las numerosas ilusiones que reinan en ese dominio». Con este aviso nos pone en guardia no contra tal o tal caso de amor llevado a cabo libérrimamente y cuyo secreto individual no hay derecho ni modo de enjuiciar, sino con las grandes corrientes que tienen cuerpo objetivo en las creaciones culturales de cada época. Porque estas creaciones, al sucederse, en consecuencia, lejos de depurarse paulatinamente van acumulando un poso o residuo que acaba por ser insalubre para la mente y que de tanto en tanto tiempo necesita ser raído. Los períodos de higienización son, por lo tanto, marcada-

mente inconsecuentes. Se producen por la súbita imposición de la existencia psicoespiritual, que venía siendo nublada y activamente sustituída por la fuerza tradicional. Pero, como es natural, esta imposición no se presenta nunca con una organización formal perfecta; antes al contrario, suele manifestarse como violento deseo de desmoronamiento y aniquilación. Y es difícil encontrar entre los valores que se derrumban por fatal acabamiento, lo nuevo que se anuncia con faz áspera y poco comprensible. En este caso se puede asegurar que no es la galantería como expresión social, no es la idealización más o menos ilusionista de la mujer hecha por nuestros inmediatos antepasados, ni es tampoco la supervaloración dada por los feministas a la importancia social de la mujer lo que ha dificultado sus relaciones con el hombre. No es ni mucho menos la virilización de los valores de nuestra época, en cuanto esta expresión significa cerebralización, tecnicismo ni siquiera practicismo o finalismo, ¡como hasta el mismo Scheler piensa! Es, sí, esa virilización en cuanto esto supone de vigorización espiritual, de exigencia, esfuerzo y autenticidad en los contenidos íntimos. Pero no se crea que considero posible la inteligencia del hombre y la mujer en la esfera de los valores finalistas y no en la de los valores de depuración espiritual. Nada de eso: sostengo que en una y otra su posición relativa es la misma; lo que pasa es que hoy día se plantea por primera vez en esta última el verdadero problema de ambos, el que pretende desarraigar y renovar la noción íntima que tuvieron hasta aquí el uno del otro.

El planteamiento de este problema es para el hombre insoportable, acaso prácticamente insuperable por razones intrínsecas y forzosas del proceso amoroso: por lo que éste tiene en sí esencialmente de empresa difícil y compleja. El amor, en cuanto acontecimiento íntimo del ser, no subsiste inmanifiesto en esa intimidad cerrada, sino que exige la situación del individuo ante otra individualidad en la actitud confesada de haber intuído su yo y *sentido* su excelencia. Si ésta fuese una mera postura de apreciación no ofrecería gran dificultad práctica; pero el amor es necesidad vital de actuar sobre lo amado, y deseo de captación que sólo se consigue en buena ley mediante la oferta de la propia individualidad. Si se considera que todo amor, todo acto del eros, tiene un nexo íntimo y forzoso con la sexualidad, es fácil explicarse que el acto de amor, como tal acto, se haya formalizado para nuestra conciencia según el módulo sexual tan claramente determinado. Pero siendo el acto sexual puramente la *expresión* metafísica del eros, esta formalización resulta muy limitada y externa, ya que las diferencias sexuales son para su función convenientemente adecuadas, mientras que las diferencias individuales—psicoespirituales—no necesitan adecuación genérica. El caso en que ésta exista, no podrá nunca ser considerado caso de amor individual, pues predominará en él la individualización de un género. Por tanto, toda tendencia a la demarcación espiritual en los dos sectores sexuales, cohibe, y en cierto modo falsea, la relación erótica; pero, en realidad, da un falso cauce a su impulso

supersexual. No necesita defensa ni aclaración la tesis de que sólo éste puede dar sentido humano a la relación de los sexos—me refiero a la esencia erótica en sí, que no es nunca asexual, sino supersexual, esto es, que para actuar en su verdadero ser no requiere adecuación orgánica a determinada ley, sino que puede cumplirse, sin ella, en toda su virtud, aunque ésta es sexual esencialmente—. «El amor es un movimiento hacia un valor positivo, pero que este valor exista o no poco importa al amor considerado en su esencia.» (Scheler.)

Sucede, contra toda lógica, que en este caso es precisamente el conocimiento el que ha llevado a la confusión. El conocimiento tan poético en el hombre en general, como en Goethe, de que ser un hombre significa ser un luchador. Pero el hombre en general, aun siendo capaz de ese conocimiento, carece de la necesaria templanza para afrontar el hecho tal como es, inexorable, e intenta atenuar su esencial virulencia condicionando para la lucha erótica a media humanidad, en la que no cuente como necesidad esencial la lucha. Y una vez más hay que tener en cuenta que, al decir el *hombre*, lo hago con sentido estrictamente humano. El problema, el *pathos* de esta lucha, lo llevan igualmente en su fondo íntimo el hombre y la mujer. Igualmente, con el mismo temor lo esquivan, y en las mismas fuentes de la ejemplar naturaleza han aprendido a mixtificarlo. Estas fuentes son la reproducción y los instintos primarios que, con su ostentible finalismo, han facilitado la falsa formalización práctica del amor, que es esencialmente imprácticó e infinito. ¿No está lo suficiente claro que es ese previo convenio o condicionamiento que existe entre los sexos, y aun entre las especies, para que puedan cumplirse fácilmente los actos en que unos a otros se son útiles, el que ha dictado las leyes que desde tiempo inmemorial vienen pretendiendo regir al eros? Y el error fundamental consiste en no ver que esos actos tienen su objeto en su fin y cumplimiento, mientras que el acto de amor no puede encontrar jamás en su realización su fin.

Toda teoría que derive al pesimismo, como es corriente, o al finalismo, como es proverbial, padece de este error en su estructura interna. El amor efímero que perece una vez conseguido: producto romántico que se multiplica en los más caprichosos e innumerables derivados, o bien el amor duradero que al lograrse se estabiliza transformando su primaria inquietud en plácida querencia, producto burgués, radican en esa errónea visión y tienen en ella, no su error, sino su verdad. Porque estas dos concepciones del amor no han subsistido merced al propósito de relegar los valores espirituales, nada de eso, sino merced a una coacción y determinación que el espíritu mismo se ha impuesto, limitando su alcance, de por sí ilimitable, con la previa fijación de la norma sexual. Esto es, que cuando el amor perece, o prevalece en santa paz, que es lo mismo, no sucede así porque haya agotado los estímulos sexuales, sino porque en realidad ha agotado el repertorio psicoespiritual con que cada uno de los amantes estaba preformado para establecer lo que se llama el *comercio*

amoroso. Es decir, que en el primer caso, una vez llegado a la posesión o desvelamiento de ese reducto psíquico, por sexualmente distinto, misterioso, y en el segundo, una vez conseguida la sumisión o amoldamiento con que dos entes formalmente distintos establecen la perenne avenencia, el amor queda ocioso, vacante, o más bien cesante. Se siente ante esto, pues hablamos del amor humano en general, del amor auténtico y no de su apariencia, que son vanos motivos para originar la quiebra de lo que no podemos considerar cosa vana. Lo son, sin duda. El amor que muere de esa muerte no muere resignado, sino inhibido. Todo hombre en ese caso siente el fraude del amor. Un error más; el amor no defrauda. Pero en el asunto hay, sin duda, engaño, y éste es el que él, el hombre psíquica y espiritualmente social, moral y hasta económicamente preformado, se impone *a priori* para defenderse de la dura verdad del verdadero amor.

El engaño es la previa destinación que cada hombre hace de una parte de su caudal íntimo al amor, con ahorro del resto; la adecuación, erotización y sexualización de una zona de su yo interior que se sabe ante el amor como bajo el mandato de entrar en juego y que, a lo largo de la vida del hombre, raramente se mezcla a sus otras capacidades. Por tanto, esta zona, al ser delimitada, es finita, y el amor, si toca en sus fronteras, se retrae inevitablemente y se anula ante el terreno vedado. Siendo innegable y lastimosamente frecuente el hecho de que el hombre y la mujer agotan en poco tiempo la actividad vital de su eros sin haber sometido a ella su totalidad individual, es fácil comprender que esto no es más que por una primaria, pero voluntaria limitación o acotación con que el hombre intenta salvar su individualidad, a la que el amor esencialmente atenta; esto es una defensa innata a la amenaza del amor. Lo clara e indubitablemente que esta defensa se formula en la historia, es fácil, pero largo de demostrar. Ateniéndonos al presente que nos es dado, o más bien a las reminiscencias que constituyen el presente de nuestro conocimiento, podremos definirlo con unos cuantos datos concretos. En primer lugar, la diferenciación sostenida por toda moral que haya regido en Europa de la relación erótica posible entre el hombre y la mujer y las diversas relaciones de amor que puede mantener el hombre: amistad, amor de Dios, etc. Esto es, la exclusión total en estas dos últimas de aquello que en *todo movimiento erótico* hay de esencialmente sexual, y la formalización del amor entre los sexos, teniendo el acto sexual como *finalidad*. Ni que decir tiene que, una vez conseguida esta norma, la virulencia del problematismo erótico, con todo su alcance vital, con toda su trascendencia metafísica, queda encauzada, y, en definitiva, desustanciada.

No puedo extenderme en demostrar a lo que ha conducido la voluntaria exclusión,, o más bien el ocultamiento ejercido por la cultura del fondo esencialmente supersexual de *todo movimiento erótico* en aquellas esferas en que funcionalmente no puede ser resuelto por los sexos. Me limitaré a aludir muy de

pasada al punto siempre falseado y nunca extinguido en la zona viva de nuestra herencia cultural: Platón. Y al evitar la extensión analítica que esto requeriría, me es preciso recurrir a una forma que, si no metafórica, puede parecer demasiado apoyada en la sugestión: permítaseme dándola por buena, aventurarla. La ceguedad de veinte siglos de cultura respecto a la esencia última del amor, es algo como un terror neurótico—cauce subterráneo, formaciones engañosas—, ocasionado por la violenta represión platónica. La mente de Platón es aquel punto del ser humano en que la esencia del amor se hace patente con todo su alcance y sustancialidad copulativa, es donde adquiere todo su sentido activo, superactivo, cuya acción es real positivamente en la superrealidad. Y como era forzoso, en contra de lo que han creído nuestros abuelos en el saber, es en Platón como campo humano donde se arma la primera lucha formidable, en que al intuir la verdad última del amor, el eticismo griego hiperestésico tenía que vencer, imponiendo transacciones de modo que la armonía lograse encubrir un fondo caótico y explosivo *. De otro modo hubiera sido necesario admitir la realidad existencial de algo realmente negativo, y Platón, sintiendo la imponente existencia de la fuerza generadora que inspira las uniones, y que en tanto que es ella misma *nunca* puede ser vana, sino que es infalible y forzosamente creadora y activa, y encontrando que son igualmente movidos por esta fuerza aquellos entes cuya organización externa impide comprender el cumplimiento de su unión, necesitó admitir que su conjunción se efectuaba en virtud de algo ajeno exterior e independiente de ellos: en el bien, en la belleza, etc. Omitiendo, o más bien cerrando los ojos a su efectividad esencial, para cuya existencia toda existencia real nada importa. Pues bien, igualmente que en la esfera de lo asexuado, se zanja el problema erótico en cuanto se le desvirtúa de esa supersexualidad que esencialmente le anima, es decir, en cuanto, so pretexto de purificarle, se le desposee de esa su virtud copulativa que sólo en el acto sexual tiene su expresión pura. Aunque en dicha esfera, principalmente en su faz religiosa, el acto, como acto, sea de por sí impropugnable, pero como fuerza esencialmente intencional, patente. Igualmente digo, en la relación erótica de los sexos, el eros formalmente sexualizado, estatuído funcionalmente, se domestiza, pierde su esencial rapacidad al serle dado, sin duda, y de antemano lo que anhela. Es necesario tener bien en cuenta que la lucha sexual, el juego de persecución que activa al animal y al hombre en celo, no es más que un intento primario y oscuro de esa otra lucha que sólo puede librarse en el «ser poseedor de espíritu». Pues bien, todas las teorías o estilos de amor existentes, aparte Platón, hasta el día, no han hecho más que aderezar ese movimiento primario mediante la idealización o la restricción, para hacerle suficiente y perennemente apetecible al hombre. Pero no se crea que esto ha sido así más o menos, según el grado de materialidad predominante en cada

* Ya Ortega y Gasset nos ha advertido de la profunda e intensa lucha platónica.

tendencia; nada de eso; es precisamente una clave de actitudes morales la que hay que desentrañar para alcanzar el verdadero quid de este secreto.

El primer punto fundamental es que el hombre y la mujer saben, o creen saber, con conciencia el porqué del impulso que les atrae, y tomando como principio este conocimiento legalizan su finalidad. Por tanto, esa fuerza tremenda, enteramente inefable, pierde su trascendente responsabilidad al convertirse en misión lícita lo que tiene de esencialmente atentatoria. De aquí parte después la serie de lo que llamo actitudes morales, que de modo bien racional o bien intuitivo han ido formando y despejando el campo donde se libra la lucha, llena de tácita avenencia, de los sexos. Estas actitudes son las posiciones adoptadas en todos los órdenes morales por los contendientes en sus respectivos bandos, es decir, con previa ley de juego reguladora. Ejemplos, primero y menos manifiesto, la repartición de valores. Ésta, aunque en principio puede parecer mera acomodación, regulada por las diferentes capacidades y aptitudes, deviene pronto distintivo cuya acentuación recaba un poder de encanto genérico que necesariamente ha de ejercerse sobre el género que posee los valores contrarios. Y segundo, y más patente, el formulario innúmero que rige desde tiempo inmemorial las actitudes sociales de un sexo respecto al otro, tales como el hecho determinado de ser el hombre el que lleve a cabo la petición amorosa, de afrontarla éste con todo valor y naturalidad, porque ante la mujer se puede doblar la rodilla, y, en último término, porque los percances y descalabros que origine la conducta de los amantes recaen normalmente sobre ésta.

El proceso que sigue la aplicación de estas fórmulas según el desenvolvimiento erótico de cada individuo, que, a su vez, puede considerarse influído y determinado por ellas, puede encontrarlo cada uno en la fuente más inmediata y fidedigna: el acervo propio de experiencia personal. Si bien este cada uno comprende solamente el número de aquellos cuya conciencia pueda dar acceso con más o menos trabajo a su *momento de pureza*. De aquí me es necesario partir, como punto psicoespiritual, dando este nombre a aquél en que el individuo posee sus facultades y optaciones, no latentes, sino manifiestas y enteramente desenvueltas, pero aún no menguadas por ningún choque real, no plegadas a ningún condicionamiento. Este momento suele estar situado en la vida del hombre en la segunda infancia, y se define como auténticamente puro, cuando es esencialmente meditación emocionada de las *noticias* que el ser recibe *de por sí*. El amor, en esta ocasión, se presenta como el más milagroso fenómeno, y todo individuo que no esté prematuramente dominado por la sensualidad, se sumerge con mayor arrobo que en cualquier práctica en su contemplación.

No se interprete esto como apología de la actitud pasiva; al contrario, llamo práctica a toda actividad que, en fin de cuentas, no es más que simulacro, enteramente nulo para la acción metafísica del eros, y, por el contrario, considero llena de acción a esa contemplación en que el ser absorbe y acumula en sí

la última esencia del amor. En esa ocasión, repito, hay un punto o trance en el amor que particularmente fascina y aterra y que aparece entonces como el máximamente cargado de acción amorosa: el punto en que se inicia la comunicación consciente, en que el individuo depone ante otro ser su libertad íntima y acepta sin reservas su propio vencimiento. Todo el que haya considerado este acto desde dicho momento de pureza, aunque durante su vida haya logrado realizarlo con la misma netitud, podrá fácilmente comprobar que a medida que, como noción, se mezcla o asocia a las formas tradicionales pierde su prestigio cataclísmico y deviene cosa factible y explicable. Es decir, que todo hombre que haya contemplado profundamente ese punto indecible en que el ser humano alcanza el más alto homenaje, aun no dudando de que en toda su pureza pueda ser realizado por ciertas individualidades, tendrá que reconocer que a lo largo de la historia viene siendo sostenido y facilitado por lo que intencionalmente es su diametral contrario: el desprecio. Pero no desprecio de unos por otros, sino depreciación del amor mismo.

Me parece superfluo insistir en que si el primer movimiento de amor implica ese homenaje de un ser ante otro, éste pierde toda su virtud al efectuarse ante quien está permitido doblar la rodilla. Y volvamos a lo que considero piedra de toque esencial en este asunto. ¿No es ingenuo creer que el *amor* homosexual, si no fuese más que perversión de los sentidos, pudiese constituir tan insuperable objeto de horror para nuestro mundo civilizado? Hay un sinnúmero de perversiones, incomparablemente más dañinas, que no están tan en definitiva anatematizadas, porque, en fin de cuentas, lo que horroriza al hombre no es lo que en este *amor* pueda haber de homosexualidad, sino lo que hay de homoespiritualidad. Por lo que el hombre no quiere pasar es por el trance de amar a otra individualidad categóricamente idéntica a la suya, por saber a su yo prisionero de otro cuya conciencia idéntica, acaso reconocidamente superior, pueda enjuiciar su sentimiento. Y, en fin, por sentirse vitalmente ligado a otro ser con el que es preciso compartir el universo; pero del universo, precisamente aquella misma parte a que tienden los propios impulsos y apetitos, aquello por lo que el hombre lucha desde su primer momento. No es difícil apreciar el valor que adquiere el amor como movimiento de dos seres entre los que puede existir la rivalidad, y no es necesario aclarar cómo el hombre y la mujer, en tácita colaboración, han hecho imposible esta pugna entre sus respectivos campos, copiando la conducta que la función heterosexual dicta, y creando una heteroespiritualidad que subsana ese trance difícil y esencialmente dramático, que es el amor del alma individual.

Esto y no otra cosa es el temor que se manifiesta en Yung ante el posible desenvolvimiento espiritual de la mujer. La teoría de la «opinión inconsciente» con que intenta definir su intelecto es, psicológicamente, aceptable; es decir, que resulta admisible tomado como apreciación del estado de cosas en el alma femenina. Pero en el terreno de la meditación que tiende a lo esencial, es totalmente insensata. Admitir en el cam-

po del espíritu esa heterogeneidad por la cual la función mental de un ser humano «en modo alguno es racionalidad verdadera», equivale a suponerla movida por una falsa mecánica, como la del caballo que en el circo marca, con golpes de su pata, los números que le propone el público. Pero como esto ya está lejos de resultar verosímil, es fácil descubrir que esa teoría ha sido animada por el sentimiento y el horror del inminente conflicto: el de que al vigorizarse el mundo espiritual de la mujer, ésta cobre una consistencia mental y una netitud de los valores morales que rigen la conciencia, que haga del movimiento amoroso hacia ella un verdadero acto de valor.

Una vez expuesto todo lo anterior, precisa señalar que consideramos el mayor número de los problemas esenciales e intrínsecos del amor por nuestra parte aún intacto. Es decir, que en este espacio quedan sólo planteados, de modo esquemático y somero, los que atañen a la relación de los sexos. Pero era de todo punto imprescindible esta raigambre en los fundamentos vitales de nuestra actualidad, porque ella nos demuestra lo que hay, en los conflictos anímicos que el presente agrava, de verdaderamente sustancial e incoercible. En lugar más extenso, trataremos de estudiar las manifestaciones del amor en las esferas anímica y espiritual, analizando todo lo que en ellas existe, acción o intención, puramente erótico. Todo lo que se realiza y complementa por virtud y función del eros, y constituye los dos cauces, ideal y afectivo, del impulso amoroso. Pero nada de esto

puede tomar cuerpo en nuestra mente con sentido de actualidad viva y limpia de equívocos tradicionales, mientras subsista en ella siquiera un vestigio de los puntos que fueron básicos hasta hoy en lo formal de nuestra vida erótica, a saber, aquellos que determinan la norma activa del amor según las diferencias funcionales e intencionales de la heterosexualidad. Nótese bien que aludo sólo y especialmente a aquello que en las relaciones humanas pueda calificarse pura y rigurosamente de erótico. Si es ventajoso o inconveniente intensificar en nuestro momento el sentido metafísico del eros, dando importancia secundaria a otras categorías que generalmente se encuentran anejas y equiparadas a él, no creo oportuno aclarar aquí *.

Pero tampoco podemos omitir que, aparte todo practicismo, existe este sentido en el alma humana de modo indubitable y fatal. Por tanto, aun dentro de los límites de esta parcela, que constituye, en lo erótico, el amor de los sexos, debemos atenernos a su último sentido de esencial validez supersexual, y sólo así lograremos que todo concepto del amor que haya de considerarse normativo radique en lo esencial erótico absoluto. De este modo, será vano dilatarse en parcialidad ninguna. Toda consideración psicológica de uno u otro sexo, por acertada que sea, es nula.

Inútil dilucidar si existe, inequívocamente, un orden de voliciones distinto y peculiar de cada uno,

* Esto debe quedar analizado en una *Teoría económica de los afectos e ideas.*

ya que, lo que perseguimos, es precisamente aquello que les auna y confunde, aquello que, aun produciéndose en las almas más diversas y opuestas, es en esencia un sólo fenómeno.

Rosa Chacel.

La templanza *

LA templanza es la virtud moderadora de los instintos; es decir: de lo que tiene el hombre de animal. Como el hombre es algo más que ese ser natural e instintivo, se hace preciso analizar sus componentes, para separar el elemento objeto de la templanza y estudiarlo, aislado así, en este ensayo, en este tubo de ensayo.

Filósofos, teólogos y moralistas han descubierto en nosotros tres naturalezas diferentes: divina en el alma, humana en la razón y animal en los instintos. De seres racionales, de hombres verdaderos, tenemos sólo una tercera parte. No hay hombres cabales; todos somos tercios de hombre.

El ser humano es un término medio. Es la media cósmica entre el animal y Dios.

En su idea del hombre apenas difiere de la teología cristiana la teogonía gentil. Prometeo nos dotó de varias actitudes animales; pero nos hizo de barro, al que animó con el robado fuego divino. De aquí nuestra tragedia: ser una mezcla insoluble de tierra y

* Del libro *Las siete virtudes*, por siete escritores, que publicará Espasa-Calpe.